

MI VIDA DE EXTRANJERA

Josefina R. Chirino *

Mi vida de extranjera comenzó cuando yo tenía diez años de edad. De eso ya hace cuarenta y cinco años, y aún así, todavía me acuerdo de cada detalle de aquella corta jornada; y jamás me he olvidado de un mínimo sentimiento de aquel día, o de los días que siguieron a aquel suceso. Quiero enfatizar la parte “extranjera”, porque eso fue, y es, el sentimiento principal que acompaña mi vida como exilada cubana. A los diez años de edad yo sufrí un profundo cambio en mi vida y de en muchas maneras me torné, separada, aislada, desvinculada, repudiada. Mi vida fue cortada, truncada y me volví permanentemente la “otra”, la extranjera.

Los días que precedieron a mi partida fueron un gran secreto. Aunque dejamos el país a través de medios legales, en aquel momento del régimen comunista de Cuba aún no era sensato anunciar públicamente el éxodo de alguien, dado que el Estado podría mandar policías para revisar su casa a cualquier hora. Así, nosotros llevábamos cualquier cosa que tuviésemos a la casa de mi tía, en secreto, calladamente, en la noche. Viviendo esto ya comencé a sentirme como un criminal: cazada, perseguida, maltratada. A esa edad tan tierna, no conseguí entender esos sentimientos, pero ellos me persiguieron por mucho tiempo todavía.

Algunos meses antes, la Policía Estatal apresó a mi padre en una ronda realizada en nuestra ciudad el día posterior a la invasión de la Bahía de los Cochinos.¹ Nosotros vivíamos en un pueblo pequeño, donde todos sabían que mi padre (que era fiscal) no era simpático al gobierno de Castro. El renunció a su cargo cuando se dio cuenta que la justicia no era íntegra, por así decir, en ese régimen nuevo y totalitario. Era fácil para la policía sencillamente encarcelar, acusar y mandar para el pelotón de fusilamiento a cualquiera, con o sin causa.

Tengo que decir, también, que la jornada que me trajo a la tierra de la libertad no tuvo nada de extraordinario. Fue un vuelo corto, de treinta minutos, de la Habana, Cuba, hasta el Aeropuerto Internacional de Miami, el día 18 de diciembre de 1961, seis días antes de mi décimo cumpleaños. No tuvo nada de extraordinario, ya que salimos legalmente del país, bajo el *status* de refugiados políticos. No tuvo nada de extraordinario en eso, excepto el sentimiento profundo de pérdida cuando, a través de una jalo de vidrio que separaba a aquellos que partían de aquellos a los cuales el Estado no les había otorgado el permiso de salida puse mi mano contra la de mi padre. Mi fue de aquellos que no podían salir. Yo partí con mi madre y mi hermana menor, sin saber si algún día lo vería de nuevo. La otra mitad de la familia, mi hermano y mi hermana mayores, ya habían dejado el país. Antes de embarcar en el avión bimotor de la *Pan American* que nos llevaría a los Estados Unidos,

* El presente texto se trata de la traducción del original, en inglés, publicado en la Revista REMHU – *Revista Interdisciplinar da Mobilidade Humana*, v. 15, n. 28, 2007, p. 231-236.

* Doctora en Teología Aplicada. Presidente del Ministerio de Teología y Campus, Belen Jesuit Preparatory School, Miami, Florida. Coordinadora de Formación Misionera, Amor en Acción, Miami, Florida.

¹ La Invasión de la Bahía dos Parcos fue un intento frustrado, realizada por exilados cubanos bajo la dirección de la agencia central de inteligencia estadounidense (CIA) de deponer a Fidel Castro, el 17 de abril de 1961.

fuimos minuciosamente revisados y nuestras valijas fueron reducidas a dos piezas de ropas por persona y absolutamente ningún dinero o joyas.

Treinta minutos después, me convertí en una extranjera en tierra extraña. No había nada de familiar en esta nueva ciudad, nada con que pudiera identificarme, nada que pudiese hacerme pensar que yo podría gustar de aquí. De una manera muy interesante, fue el día en que llegué al Aeropuerto Internacional de Miami que mi jornada realmente comenzó. Ese día marca el fin de mi infancia. Fue cuando yo comencé a conocer la pérdida, la rabia y la confusión. Irónicamente, la tierra que me salvaría del totalitarismo de un régimen comunista también me enseñó el miedo y el odio. En el corto período de treinta minutos, mi vida dio un giro de 180 grados y todavía no sé si conseguí superar eso.

Yo nunca había conocido la necesidad; nunca había sentido confusión, miedo ni pérdida. Segura bajo el calor de un hogar amoroso, crecí totalmente segura de que las cosas eran de la forma que aparentaban ser. Yo pasaba mis días en la escuela o jugando con mis primos por las calles de Consolación del Sur, mi pequeña ciudad natal, localizada en la Provincia de Pinar del Río, en Cuba, donde todos sabían quien era yo, y todos velaban por mí. Si yo hiciese cualquier travesura, podía contar con algún adulto reprimiéndome o amenazando contar a mi madre. Jugaba principalmente en el parque que era la parte de la plaza donde quedaba nuestra iglesia. Y qué linda iglesia. Era grande (o por lo menos parecía gigante para mis ojos de diez años de edad) y olía a incienso y a flores. Y todos los domingos mi familia entera andaba media cuadra para ir a la misa de las ocho; cada primavera yo participaba de la procesión donde los niños cantaban y llevaban flores a la Virgen; y cada 2 de febrero la ciudad entera se vestía de gala para celebrar la fiesta de la patrona, la Virgen de la Candelaria. Era un lugar seguro para crecer.

Mi llegada a los Estados Unidos de América fue marcada inicialmente por la alegría del encuentro con mis hermanos mayores, de quienes me había separado muchos meses antes. Pero enseguida mi vida de inmigrante me hizo conocer la realidad. Inicialmente, nos instalamos en una casa que compartíamos con otra familia, y, aunque esa experiencia fuese nueva, yo rápidamente me acostumbré a dormir en camas de “literas” con otras niñas de mi edad. El invierno de 1961 fue particularmente frío y, como la policía cubana había confiscado nuestras pertenencias, al dejar el país, nosotros no teníamos mucha ropa para el frío. El vecino se compadeció y nos dio una manta. Mi familia entera solo supo exaltar esa acción extremadamente generosa, que me pareció a mi tan natural que pensé que un simple “gracias” hubiese sido suficiente.

Después me di cuenta por que mi familia vio esa acción como algo casi heroico. Rápidamente aprendí que la mayoría de las personas de este país no son tan atentos con las gente que inmigra del Sur. Rápidamente aprendí que el no hablar inglés nos hacía tan diferentes que éramos realmente despreciables a los ojos de muchas personas.

Después de un mes compartiendo la casa con otra familia, nos mudamos para otra que era sólo nuestra. Durante esos primeros años, mudarse de una casa o departamento para otra era una regla y no una excepción. O el alquiler era muy caro, o éramos invitados a retirarnos porque éramos mucha gente; o los propietarios creían que alquilar para cubanos era lo mismo que acoger animales. Los carteles de “Se alquila” de los inmuebles tenían la siguiente observación: “no aceptamos ni perros ni cubanos”. Asistir a la escuela pública se tornó en una pequeña guerra personal. No entendía por qué los otros niños se reían de mí, o me señalaban con el dedo, o se negaban a dejarme jugar con ellos, y con frecuencia yo

reaccionaba con violencia. Yo no conseguía entender por qué todo era tan diferente. ¿Por qué era tan mal visto hablar el español con otra niña cubana en la escuela?

Además de eso, también había dificultades con relación a la pobreza. Mis padres no siempre tenían trabajo, ni siempre conseguían poner una comida en la mesa para nosotros. Muchas veces nos vestíamos con ropas donadas por las iglesias de la vecindad, que periódicamente entregaban bolsas de ropas usadas para las personas que hacían fila para retirar. Nosotros éramos muy pobres, no hablábamos el idioma del país de acogida y no entendíamos su cultura. Y, lo que todavía es peor, la nación “de acogida” no nos entendía a nosotros. Éramos diferentes, éramos extranjeros.

Es en ese punto que mi jornada de fe comienza. En medio de esa “diferencia”, en el mismo centro de mi gran confusión, en el enorme desierto de mi pérdida, Jesús estaba presente. En verdad, El era el más presente. El estaba activo, comprometido, involucrado en mi lucha permanente por la búsqueda de un hogar. Cuando miro atrás a esos cuarenta y tantos años que separan la mujer que hoy soy de la niña que fui, consigo ver claramente cómo esa experiencia de alteridad y mi búsqueda subsiguiente de la integridad me habían preparado e inclusive han *determinado* mi encuentro con Jesús, años después.

Mis padres consiguieron matricularme en la escuela parroquial (con una beca de estudio, claro) cuando yo tenía trece años de edad. Y comencé a frecuentar la misa en esta tierra extranjera. Había algo en aquella iglesia, algo que yo no sabía lo que era, pero que ahora conozco muy bien. Era algo que me atraía tanto que comencé a ir solita a la iglesia los domingos, y simplemente quería estar allá y sentarme en aquellos bancos y escuchar todo lo que se pasaba. La iglesia olía a incienso y flores. Y *ahora* sé que había encontrado mi hogar. Ese era el único lugar donde las cosas eran igual que siempre, como siempre fueron. Ese era el lugar donde las mujeres tenían que usar velos en la cabeza (como en mi ciudad natal) y los sacerdotes hablaban latín. Esos rituales yo si los comprendía, si, los conseguía acompañar. Yo podía anteceder y hasta responder en un idioma que, aunque desconocido para mí, era sumamente familiar. Ese era el lugar en el cual Jesús me estaba esperando. El me trajo aquí y me acogió, pero yo era muy joven todavía para reconocerlo. Ese reconocimiento sólo ocurrió años después. En ese momento, yo sólo podía responder a los sentimientos de paz que ese lugar me trajo. Jesús consiguió llevarme hacia El a través de la familiaridad de los rituales de la misa, y ese fue el primer paso de mi jornada en dirección a El.

Fui a un colegio católico, y aunque ame la escuela y los amigos que allí conocí, yo me gradué pensando que nunca más pisaría una iglesia. Sin querer yo asocié mi fe católica con mis educadores, y lo que ellos me enseñaron fue que mi cultura – y, por extensión, mi PERSONA, debería ser despreciada. Ellos mostraron desdén y falta de respeto por cualquier cosa española o cubana y consiguieron enseñarme que Dios prefería las jóvenes anglo-sajonas, porque el resto de nosotras, de alguna manera, estábamos marcadas por el sufrimiento. Después de cuatro años de facultad volví a la Iglesia, porque el Buen Pastor colocó en mi camino una Religiosa cubana que hablaba como yo y me enseñó que, de cualquier modo, Jesús me amaba como yo era. *Qué revelación!* Ese fue el segundo paso de mi jornada en dirección a Jesús.

Mis veinte años de edad fueron repletos con el entusiasmo de aquellos que simplemente se apasionan y quieren entregarse por entero al amado. Yo tenía una pequeña

comunidad de amigos en la vida cristiana que compartían mi nuevo descubrimiento: mi pasión por Jesús y su Reino.

Entré y dejé la Vida Religiosa en el espacio de dos años. Comencé a enseñar en un colegio jesuita. Y cuando viajé con un grupo de estudiantes a República Dominicana para realizar trabajo misionero con los campesinos de aquel país, la atracción y la paz que había sentido siendo aún niña, aquel deseo de ir a la Iglesia, retornó. Allí yo comencé a reconocerme a mi misma en los rostros de aquellas personas que estaban pasando hambre, en la sonrisa de aquellos niños pequeños sin perspectivas de futuro, en las rudas manos de los labradores que trabajaban en los campos por casi nada. Yo también pasé hambre; en algún momento de mi vida yo no tenía ni un futuro, mis padres trabajaron en el campo recogiendo tomates.

Comencé a viajar frecuentemente a esa y otras áreas pobres de la República Dominicana, ahora como miembro de una comunidad misionera laica, y cuanto más yo viajaba, más fuerte era mi voluntad de continuar a hacer ese tipo de trabajo, más fuertes los lazos que iba construyendo, mas profundo el amor que me unía a aquellas personas. Esas jornadas misioneras me transformaron para siempre. Ahora adulta, continúo testimoniando los efectos de la injusticia, lo que ocurre cuando un grupo de personas oprime a otro grupo de personas. Yo continúo testimoniando el dolor de la discriminación, de la intolerancia cultural, pero de una perspectiva diferente.

Déjeme explicar. Yo continué estudiando y tengo una Maestría en Ministerio Pastoral y un doctorado en Teología Aplicada. Yo no soy más aquella niña tímida que aceptaba el desdén y la condescendencia por no saber hablar inglés correctamente o por tener otra cultura. Tengo una carrera bien exitosa como educadora. Ya no soy oprimida. Aún así, mi contacto con los pobres me conecta con aquella niña que sentía miedo, que se sentía perdida, y que no lograba comprender lo que le sucedía. Yo sé lo que es vivir en casas llena de gentes; sé lo que es tener que dormir con hambre; sé cómo se siente una cuando es menospreciada por algunas personas porque no eres como ellas – y aún mas, cuando eres culpada por eso, sé bien lo que es tener padres desempleados; y cuál es el sentimiento cuando otros piensan que su familia es perezosa porque ellos no consiguen encontrar trabajo; yo sé lo que es perder el hogar, la familia y todo lo que te es familiar.

Mi vida como inmigrante y exilada cubana fue el instrumento que Dios eligió para prepararme a ser misionera. Mi vida como misionera en las áreas más pobres de República Dominicana y en Haití ha sido mi salvación. Mi contacto con los pobres se tornó en una fuente de gracia, porque en ellos, no sólo yo me encontré a mi misma, sino también encontré a Cristo Crucificado, el Cristo sufriente, el Cristo que no quiere que nadie esté perdido o hambriento o desilusionado; el Cristo que murió para que reconozcamos la injusticia cuando la vemos venir, y para que hagamos algo para combatirla.

Ahora yo sé que durante mis luchas como inmigrante, como una extranjera en una tierra extraña, Jesús estaba agarrando mis manos y me estaba preparando para lo que El realmente quería de mí. Mi vida ha dado una vuelta completa. Lo que en un momento creí que fuese el peor momento de mi vida fue en realidad la hora más bendecida, porque mi experiencia de vida muestra que Dios está tan presente en lo peor cuanto en el momento más sagrado.